

NOVIEMBRE 7 DE 1846.

ESTE PERIÓDICO, saldrá los miercoles y sábados.

LAS SUSCRIPCIONES: se recibirán en esta imprenta y en los demas puntos, designados continuación.

En S. Luis Potosí, D. Joaquin Harmony.
" Zacatecas, D. Luis Dupeiron.
" Guanajuato, D. Lucas de Hontañon.
" Ozuama, D. José Maria Zavala.
" Tlaxiuya, D. Antonio Mora.
" Tlaxiuya, D. Nicanor Dominguez.
" Huejutla, D. Luis Andrade.
" Tuxpam, D. Felipe Chao.
" México, D. Alexandro Faulac.
" Puebla, D. L. M. Tamariz.
" Jalapa, D. Manuel M Quiros.
" Veracruz, D. Roque Serdan.
" Altamira, D. Juan Barreda.
" Soto la Marina, D. Ramon Ortiz.
" Ciudad Victoria, D. Eleno Vargas.
" Matamoros, D. Juan José Lopez.
" Monterey, D. José M. Gajá.



TOMO I. NUMERO 29.

PRECIO
DE SUSCRIPCION

PARA TAMPICO.

DOCE REALES al mes.

PARA LOS ESTADOS.

CATORCE REALES al mes franco de porte.

Los suscritores foráneos que paguen en esta la suscripcion se les cobrará solamente DOCE REALES, franco de porte.

Los avisos y comunicados se insertarán á precios convencionales, y los que se remitan á esta redaccion serán francos de porte.

Cada número suelto vale DOS REALES.

EL ÉCO DE TAMPICO.

PERIÓDICO POLITICO, LITERARIO, Y MERCANTIL.

INTERIOR.

México, Octubre 24 de 1846.

INTERVENCION.

Pero si se quiere arrebatar á una nacion un derecho esencial, ó sin el cual no puede mantenerse; si un vecino ambicioso amenaza la libertad de la república, y pretende avasallarla, no debe ésta aconsejarse sino de su valor. En una pretension tan odiosa, no se emplea el medio de las conferencias, sino todos los esfuerzos, los últimos recursos y toda la sangre que pueda derramarse en ella porque seria arriesgarlo todo dar oídos á la menor proposicion
(Vattel, Derecho de gentes, libro 2º, cap. 18 § 332)

Un gran problema se presenta á la nacion mexicana; cuestion de vida ó de muerte, cuya solucion depende de los esfuerzos reunidos de todos sus hijos, y sobre todo, de la prudencia del actual gobierno. Ocupada la mitad de nuestro territorio por un vecino ambicioso, que engreido con su poder medita la conquista del Nuevo-Mundo; amenazada nuestra independencia y nuestros mas sagrados derechos, ha llegado para nosotros el caso de aventurar el todo por el todo, de combatir hasta el último trance en defensa de nuestros derechos violentamente hollados, ó restablecer por medio de las negociaciones una paz miserable, que trasmita á nuestros hijos una independencia precaria, á merced de ese enemigo fortificado en nuestro mismo suelo. En el punto á que han llegado las hostilidades entre México y los Estados-Unidos del Norte, la guerra nos presenta un éxito dudoso; la pronta paz un mal irreparable: el espíritu público elige lo primero; una política y tímida nos inclinaria á la segunda.

Los grandes gastos que el gobierno de los Estados-Unidos impende en

la guerra de invasion: los riesgos á que se espone, ya por los azares inciertos de la guerra misma, y mas que todo, por las murmuraciones y el descontento de sus súbditos, poco acostumbrados al peso de la contribucion extraordinaria con que se les oprime para subvenir á esos grandes gastos; la necesidad de que esos súbditos, terminada la guerra, vean que sus sacrificios lejos de ser estériles, han producido á la nacion un grande aumento de riqueza, un medio de indemnizar á sus habitantes de las pérdidas que realmente sufren y que se les hacen considerar como anticipaciones hechas que traerán consigo el bien de la disminucion futura de las contribuciones ordinarias; la alternativa en que aquel gobierno se encuentra de satisfacer al pueblo de que sus afanes van á ser largamente recompensados con la conquista de la porcion mas rica de nuestro territorio, ó esponerse en el caso contrario á ver estallar una revolucion en lo interior por el necesario descontento de un pueblo que viera burladas sus esperanzas de riqueza y engrandecimiento, evidencian á todas luces las grandes esperanzas que fundan en la guerra, y hacen preveer con razon que un tratado de paz concluido en las presentes circunstancias, no haria mas que sancionar la pérdida de una gran parte de nuestro territorio, que pasaria á la comunión del Norte, bien por la designacion de límites entre Tejas y el resto de la república, ó ya por via de indemnizacion.

Esto es lo que equivale á vender la independencia de nuestros hijos: pronto serian provocados á una nueva guerra, para lo que no faltarian pretextos á una nacion que, como el lobo de la fábula, no duda adoptar los mas escandalosos.

Los grandes sacrificios que cuesta la guerra á nuestros enemigos, y el haberla emprendido por sola su voluntad, sin ser para ello provocados, manifiestan sus grandes miras; y esto, unido á las reflexiones anteriores, denuestra hasta la evidencia la imposibilidad mortal de que nuestros derechos y el honor nacional se salven hoy por medio de un tratado.

Los gabinetes de Europa, sin desconocer nuestra justicia, á todas luces evidente, piensan en sus intereses, y juzgan con razon que el pronto restablecimiento de la paz es el único medio de asegurarlos. La Inglaterra nos ofrece su intervencion, y hay mexicanos neciamente crédulos, á quienes se ha persuadido que los norte-americanos la rehusan, se la hará aceptar aun por la fuerza.

¡Ay de nosotros si esta insensata persuasion se generaliza demasiado! Alucinados con que esa mediacion seria bastante á salvar nuestros intereses, evitando la efusion de sangre, desdeñaríamos el combate: veríamos como inútiles los sacrificios que la patria reclama de sus hijos, y el espíritu público que tanto se reanima, adormecido con esta idea, volveria á amortiguarse.

Por filantropías que sean las miras de la Inglaterra, por desinteresada que se juzgue su mediacion, y puesto que no quiera perder su neutralidad, el gabinete de San James no dudará de buena fé que al abrirse cualesquiera negociaciones entre México y los Estados-Unidos, la posicion actual de ambas potencias, y la política capciosa del gobierno de éstos, puesta en fuego desde el establecimiento de sus colonos en Tejas, y aun sin dada desde antes, previene para nosotros desfavorablemente la cuestion.

El grado de poder á que ellos han llegado en poco tiempo, desarrollando elementos con que, digase lo que se quiera, México nunca ha contado; la ocupacion violenta de nuestro territorio; la aptitud impotente de su ejército, envanecido con dos victorias; el entusiasmo de un pueblo alucinado con brillantes promesas; sus recursos acumulados con anticipacion para una empresa desde mucho tiempo meditada; y sobre todo, su probada ambicion, puesta en paralelo con nuestras circunstancias á la verdad bien tristes, y el necesario influjo que sus instituciones deben ejercer en el ánimo de muchos mexicanos, oprimidos durante nuestras disensiones civiles con todo el peso del infortunio, forman desde luego un contraste, que al discutirse entre ambas potencias los medios de avenimiento, daría por resultado las condiciones con que el fuerte otorga la paz al débil: se nos mandaría aceptarla en lugar de proponerla: se nos dictaría un tratado, que sobre ser la confesion mas degradante de nuestra debilidad, apenas aseguraria la interrupcion de unas hostilidades, que despues de algunos años se renovarían sin dárda para oponer á nuestros hijos. Quizá nos negáramos á suscribirlo, pero aun en este caso dejaríamos pasar la bella oportunidad con que hoy nos brinda el entusiasmo del pueblo.

Los Estados- Unidos exigirían por lo menos, que á nos de reconocer como límites de nuestro territorio la orilla izquierda del Bravo, nos obligásemos, por via de indemnizacion, ó bien á entregar de pronto algunos millones de pesos, ó á hipotecar por esa cantidad alguna porcion libre de nuestro territorio. En uno y otro caso, la imposibilidad física de pagar tal cantidad, dejaría una puerta franca para hacer nuevas reclamaciones, que acabarían al fin por comprometernos en otra guerra, presentando entonces en favor de nuestros enemigos el carácter de la justicia, sancionada por medio de un tratado.

Supongámos que en ese caso la Inglaterra utilizase sus buenos oficios en favor de la justa causa: ¿sería esto acaso bastante para hacer que los Estados- Unidos desistieran de sus avanzadas pretensiones? ¿Puede suponerse de buena fé que conviniesen en abandonar una presa que está de hecho en sus manos? ¿Cuáles consideraciones podrían obligarnos á ello? No las de nuestro poder, porque tanto lo han despreciado, y saben á donde alcanza. La conviccion de su preponderancia sobre nosotros, es por sin duda el único motivo verdadero de la guerra que nos hacen, y las consideraciones de un mediador poderoso serían demasiado impotentes para que renunciáramos á el anhelo fruto de esos grandes sacrificios que han impendido en ella. ¿Temerían acaso que la Inglaterra indignada de su injusta obstinacion abrazase nuestra causa? —En obsequio de los mexicanos á quienes pueda alucinar esa esperanza, examinémos si es esto verosímil.

Una potencia que como la Inglaterra, debe todo su rango al comercio, está é indispensablemente interesada en que se conserve en el mundo una paz inalterable. La guerra, interrumpiendo sus relaciones mercantiles con cualquier

ra nacion, causa una baja en sus rentas. Si esto es indudable aplicándose al caso en el que dos naciones extrañas con quienes ella comercia se hallen en estado de guerra, de modo que se la juzgue como muy interesada en restablecer la paz, se percibe aun con mas evidencia, cuál, sea el interes que ella misma tenga en conservar su armonía respecto de las potencias que la enriquecen con su comercio. ¿Queremos pruebas de hecho? Observemos el modo con que entre la Inglaterra y los Estados- Unidos se ha terminado el negocio del Oregon; recordemos que cuando esas diferencias estaban para concluirse por el último tratado, un ministro de los segundos protestaba que cualesquiera que fuesen los resultados de la guerra con México, en manera alguna induirían en la cuestion pendiente: recordemos tambien que hace muy poco tiempo que Sir Roberto Peel, ministro de relaciones de S. M. Británica, sostenía en la asamblea de los Comunes, que la paz inalterable era el interes del mundo; y venimos si una potencia que cede de su derecho para conservarla, se comprometería por nosotros en una guerra tan larga como costosa.

Aun suponiendo sin conceder que esto fuese verosímil: ¿quien responderá de que el resultado de esa alianza no nos fuese tan nocivo como la guerra? Justo sería indemnizarla de los gastos que en nuestro obsequio había impendido, y séamos francos, hoy no contamos con mas riqueza disponible que el valor de nuestro territorio, á lo menos para casos como el supuesto.

Creemos, pues, que la intervencion dá por primer resultado una mancha indeleble en el honor nacional; es además inútil en sus mas probables consecuencias, y apenas podría salvar las circunstancias del momento; porque mientras nuestras instituciones sean tan inferiores á las de un vecino pérfido y ambicioso, su vecindad no mas nos amenazara constantemente con la usurpacion.

AL SEÑOR ADMINISTRADOR GENERAL DE CORREOS.

Hace algun tiempo que los periodistas, ó al menos nosotros, disfrutábamos la felicidad de que nuestros periódicos llegaran con alguna exactitud á los puntos donde son dirigidos, con provecho de los suscriptores y de las relaciones que deben activarse en una sociedad culta; pero desgraciadamente por los últimos correos hemos recibido multitud de quejas sobre extravíos de nuestros números; y con el fin de que el señor administrador ponga el remedio, le indicaremos que se experimentan estas faltas en *Mazatlán, el Rosario, Copala, Cuicatlan, Arandas, Tampico*, y otros puntos que no mencionamos por no molestar; pero que lo haremos mas adelante, y señalando las personas que sean responsables, si con esta advertencia no vuelven sobre sus pasos los que interceptan los periódicos para leer de valde, con grave perjuicio de los interesados. Entre aquellos se nos ha dicho que hay uno, y no muy lejos de la capital, que habiendo ido por estirado á su administracion un tomo del Museo, lejos de darle la direccion debida, ó devolverlo á la redaccion, se ha quedado con él, y lo presta en el pueblo á todo el que se lo pide; en términos que está en la actualidad tan maltratado, que sería inútil nos lo enviase, y cuyo nombre no publicamos porque queremos ser mas caballeros que el que así abusa de la propie-

dad ajena. Estos hechos los ponemos en conocimiento del Sr. Ruano, administrador general de la renta, para que en desempeño de su deber tome las providencias que demandan tamaños abusos.

Parece que el Sr. general Vega, y los oficiales mexicanos que fueron aprehendidos en su compañía en las inmediaciones de Matamoros, y se encontraban en Washington, han sido puestos en libertad, en recompensa del buen tratamiento que se dió en el Estado de Veracruz, á la tripulacion del Truxton.

ARREGLO DE LA DEUDA EXTERIOR.

Acostumbrados á valerse de toda clase de medios, los *puros* para quienes la federacion está reducida á la dominacion de ciertas personas, atacan acremente al Sr. ministro de hacienda, suponiendo que ha arreglado el famoso asunto de la conversion de la deuda inglesa; negocio, en el cual el Sr. Parías dió un ejemplo de justificacion que elegiamos con la imparcialidad que nos domina. Por la misma estamos obligados á asegurar que el Sr. Haro no ha aprobado ese contrato de escándalo, y que sabemos está decidido á no obrar sin consulta de personas de notoria honradez y patriotismo. Cuando tales son las disposiciones del Sr. Haro, atacarlo es una injusticia que solo prueba se sacrifican á las miras de la ambicion, la justicia y el buen nombre de la república. Volvemos á invitar al Sr. Haro para que publique los antecedentes de ese famoso contrato.

TRANQUILIDAD PUBLICA.

Las alarmas y temores que turbaron el sosiego de los habitantes de la capital durante los últimos dias del ministerio del Sr. Rejon, han cesado. La tranquilidad es inalterable, y hombres de todas opiniones felicitan y aplauden al Sr. Salas, porque acató la opinion pública, cesionando á ese Sr. ministro. Los verdaderos liberales son los primeros que aplauden que á un secretario del despacho, cuyo nombre está unido á la persecucion de la prensa y á la disolucion de un congreso, se le haya sustituido con otro incapaz de autorizar esos atentados.

En vano ciegos en su cólera los hombres que concitaron contra sí la opinion, ansian por la venganza. Tienen en su contra á todas las clases de la sociedad, y el mismo general Santa-Anna, á quien trataran de sorprender con notorias falsedades, reconocerá que la política que se pretendía seguir en su nombre, era una política de perdicion; recordará que esos hombres otras veces lo comprometieron ya con sus excesos, y apoyara las providencias de un gobierno empeñado en facilitarle los medios de que cumpla las grandes promesas de la revolucion. En ello se comprometen á la vez la suerte de México y la gloria de su nombre.

A LOS ESTADOS.

Sabemos que se han remitido extraordinarios á los Estados, por los *ilustres puros*, avisando de que han triunfado en México los monarquistas. Semejante superchería no tendrá efecto segun nos prometemos, porque esa fermentacion que ha producido en el distrito federal tanta alarma, no ha pasado felizmente al resto de la república. Los liberales de todos los Estados deben estar seguros de que la causa de la federacion se ha asegurado en la última crisis, con tal de que haya cordura y senatez en el gobierno y en los ciudadanos, y sean despreciadas como merecen las sugerencias de esos *liberales* por antifrazis, que sin dar garantías de ninguna clase, solo viven gustosos en medio del desorden.

Acabamos de recibir el siguiente remitido.

JUNTAS POPULARES.

Digno es de ocupar una página de la historia lo ocurrido en el *meeting* de la noche del 22.

Desde las oraciones ó poco antes se hallaban reunidas en el patio de la Universidad algunas compañías del batallón de la Independencia, con el objeto de ejercitarse en los giros. Serían las siete y media, cuando se presentó el Lic. Borda, acompañado de algunos individuos: parece que al encontrarse con todo aquel aparato de sombras ambulantes, que tales parecían los nacionales á la escasa luz de dos ó tres hachones, previó desde luego lo que se obstinó en no creer. Alcanzó, sin embargo de la oficialidad, que suspendiera sus ejercicios, mientras él pronunciaba un discurso: subió algunos escalones; se colocó bajo del segundo arco, poniendo delante algunas velas encendidas, y comenzó con el escordio de costumbre. Parece que los señores nacionales no estaban muy dispuestos á escucharlo, pues sin cuidarse del orador ni del discurso, continuaban sus ejercicios, contrastando con la del orador las voces de "flanco derecho: una, dos," y otras bellezas... El señor Borda, que no podía llevar en paciencia que se le robara la atención de un público, á quien se proponía decir primores, esforzándose cuanto pudo empezó á conjurarlos en nombre de los supremos poderes, de la carta de 824 y de la Guardia Nacional, que suspendieran sus trabajos: nuestros valientes, sin aterrarse con el conjuro, siguieron dando sus giros, y siguió también mi héroe sin turbarse: habló de no sé qué proyecto, de convertir en Estado al distrito, de hacer salir de México á los supremos poderes y de otras lindezas. Continuaban siempre los nacionales, y en cada interrupción del orador se dejaban oír las voces de "una, dos." A poco habló el señor Borda de que el clero poseía en la capital treinta millones de pesos: quería que éstos se emplearan en la guerra, y que fueran para siempre abolidos todos los derechos de estola. El público se agitó: se dejaron oír sordos ruidos, y prorumpió por fin la multitud, manifestando su disgusto con las repetidas voces de: "Cállate, viejo: que se baje Pilatos." El supuesto Pilatos proseguía: proseguía también el auditorio; movieronse repentinamente las cabezas de los que ocupaban la parte mas alta de la escalera.... oyóse un fuerte ruido.... apagáronse las velas; se precipitó la multitud superior, y el desgraciado parlante descendió de su alto puesto con una velocidad lastimadora y sin hacer de sus piés el uso que pedía su posición.... A la media hora se hallaba mi héroe en el café del Cazador declamando contra el pueblo imbécil, que no quiere, según él, aprender nada, y mucho menos ser libre.

Dos reflexiones me ocurren: primera, no es bueno aclamarse por sí y ante sí orador: segunda, el pueblo no es muy tolerante.—*Casti.*

[Del Republicano.]

VERACRUZ, Octubre 22 de 1846.

Sucesos de Alvarado.

Antes de ayer tuvimos la satisfacción de insertar en nuestras columnas las alocuciones del Sr. D. Tomas Marin de la víspera y del día del combate que ha sufrido aquella villa. No es posible leerlas sin llenarse de entusiasmo patriótico.

Por ellas y por los informes que nos han dado amigos nuestros que presenciaron la acción, se deduce que es posible y mucho hacer con solo el valor y patriotismo una guerra con éxito al injusto invasor americano. Dice muy bien el Sr. Marin, acreditado gefe que mandó las armas por parte de México, la lucha es desigual porque para ella cuenta el enemigo con los abundantes recursos de la paz longeva del Nor-

te, mientras que nosotros no tenemos mas que la escasez de tesoros que es pública, resultado forzoso de la maldita guerra fratricida de 36 años que quisiéramos borrar de la historia de la república con nuestra propia sangre.

Los pueblos todos del Estado y los de toda la nación deben imitar el brillante ejemplo de Alvarado. Ya miran en los laureles gloriosos de 6 de Agosto y del 15 de Octubre que el enemigo tiene recursos, tiene cañones de moderna disforme magnitud, pero que no tiene como los mexicanos valor, patriotismo y justicia. ¡Ya se vé! Ellos son mercenarios y mercenarios muy visos: así no pudieron obrar con la valentía de nuestros patriotas de la costa. ¿Qué hubiera sido de ellos si hubieran recibido el ataque del Sr. Marin con naves y con naves iguales? Seguramente que entonces en lugar de haber ocultado el enemigo su descalabro en la oscuridad de Roca partida para que no la viesan las naciones extranjeras que ya hacen críticas de las niñadas del norte-americano se hubiera marchado escarmentado para siempre á decir á nuestros infames hermanos que fué una atrocidad por parte de ellos haber despedazado el testamento respetable de su padre Washington: que Alvarado y el Misisipi no pueden unirse con el estruendo de los cañones: que la civilización, la honradez para cumplir los convenios internacionales, los canales, la industria y dar á cada uno lo que es suyo, todo esto junto será lo que un día forme el lazo pacífico de las Américas.—Los proyectiles quemarán las playas, pero no ganarán un solo corazón de los mexicanos.

Así lo augura la unión de los veracruzanos que en todos los pueblos del Estado resucita presurosa, para formar con patriotismo inespugnables muros.... Así lo hacen creer las felices circunstancias que nos envía la alta Providencia: el espíritu público que despierta y que despierta con orgullo nacional: las fuerzas veteranas que el supremo gobierno en medio de sus aflicciones, envía violentamente á esta plaza y á la de Alvarado; la reunion en ellas de gefes distinguidos: la felicidad de haber llegado el Sr. comandante general D. Juan Morales, tan valiente como enérgico y diestro para la guerra; todo pronostica que muy en breve logrará Veracruz un completo triunfo. ¡Si así no fuere que á la ruina de la república no sobreviva un solo veracruzano!

(Del Locomotor.)

PARTE LITERARIA.

MIRTOS Y JAZMINES.

HERSILIA O LA ORGIA

I.

Yo te ví, ¡oh muger que el alma adora!
Te ví una tarde, cuán hermosa estabas!
El sol ya moribundo con sus rayos
En tu rostro divino reflejaba.

Te ví y te amé, mas ¡ay! que llanto y pena
Tu rostro macilento me anunciaba;
Tu lánguido mirar, tus ojos bellos,
El cielo á su pesar los envidiara.

Tu seno ebúrneo por el lienzo oculto
Del corazón marcara los latidos,
Y no sufriendo la prisión estrecha
Hincharse intenta para encanto mio.

Tu vista ardiente el alma despedaza,
Tu voz divina.... todo, me enajena;
En medio de la orgia "yo te idolatro"
Quiso decirte con pasión mi lengua.

II.

Te ví y te amé muger bella
Y loco en mi desvarío
Juntar quise con el mio
Tu seno, tu corazón.

Te adoro, sí, y es mi amor
Llama voraz de un deseo....
Te adoro y mi devaneo
Me trastorna la razón.

Te ví y te amé, mas el mundo
Se opone, sí, entre los dos
Hay un altar, hay un Dios,
Un Dios que yo profané.
Mas, ¿qué importa ¡oh! qué importa!
El misterio es tan hermoso,
El placer tan delicioso....
Aquí, aquí te estrecharé.

Te adoro, sí, mas mi amor
En la orgia no es puro y tierno,
Es un amor que el infierno
A mi mente le ideó.
Es un amor que me mata,
Que mi existencia devora:
Llama es devastadora
Y el deleite la engendró.

Es de un volcan lava ardiente....
Quiero un placer voluptuoso,
Quiero gozar afanoso
Y así gozando morir.
Quiero gozar... tus encantos,
Tus hechiceras miradas
Serán por mi profanadas...
Me es imposible sufrir.

Gozar, gozar, cuanto es bello,
Cuanto es hermoso, divino,
Mas orgia, mas, mas vino,
Esto es Hersilia vivir.
Basta, basta; nó, muramos
Los placeres apurando,
Esto es vida, delirando
No se sentirá el morir.

Hersilia, Hersilia, tu mano,
Tu mano helada me irrita,
Tu voz Hersilia me incita
Ven á mí, quiero placer.
Tu lloras, lloras Hersilia;
Cuanto el deleite enajena:
Tu frente, tu pecho quema,
Te haz vuelto fuego muger.

III.

Si es verdad que tras del cielo
Hay un mundo de ventura
Y en este solo amargura
Y es la vida padecer.
Si es verdad que hay querubines
Puros, hermosos, y bellos,
Tu eres Hersilia, cual ellos
Tú mi cielo á mi entender.

Miente quien dice que el mundo
Tan solo abriga en su seno
La falsedad, el veneno
Y no se encuentra placer.
Miente quien dice que el cielo
Es la mansion mas hermosa;
Miente Hersilia, aquí se goza,
Aquí se halla á la muger.

III.

Ven Hersilia, ven aquí,
Posa tu seno en mi frente,
Deja imprima un beso ardiente
En tu labio de rubí,
Un beso de amor vehemente.

Esto es vida, sí, mas danza
Mas voluptuoso placer,
Girando en la contradanza
Se halla dicha, bienandanza
En brazos de una muger.

Deja mirar tu cabello
Por esa frente esparcido
Y el alabastrino cuello,
Y en mis hombros, ¡oh cuán bello!
Caiga también dividido.

Reposa, sí, tu cabeza
Aquí Hersilia, aquí, en mi seno,
Que contemple tu belleza
Y te diga con ternura
"Eres mi amor, mi ángel bueno."

Llega tu boca á la mia,
Llega tu frente á mi frente,
Que respire tu ambrosía,
Dime que solo eres mia
Sienta yo ese beso ardiente.

Y de esos tus labios rojos
El aroma celestial
Libando yo, mis enojos
Se ahuyenten, y en esos ojos
Vuelva á mirar por mi mal.

¡Por mi mal! no, no, ventura,
Por ventura decir debo,
Eres ángel de ternura;
Querub del cielo, criatura,
Y aun á amarte no me atrevo.

Y dices que me amas, sí,
Y con tu amor soy dichoso;
Con tu amor que es para mí
Como al Arabe la huri,
Cual del desierto el reposo.

Como el agua de la fuente
Para el sediento viagero,
Cual brisa que muellemente
Impulsa la ola ardiente
Del mar azul, alfanero.

Cual al sauce misterioso
Su lino y verde ramage,
Cual al colibrí amoroso
Y al cisne tierno, afanoso
Su blanco y bello plumage.

Cual las nubes nacaradas
Y la luna, para el cielo;
Cual las estrellas docadas
Que están en él engastadas,
Cual para el águila el vuelo.

Tu amor, tu amor muger bella
Vivifica mi existencia;
Haye, seguiré tu huella
Como á la luna la estrella
Mitigarás mi dolencia.

Ven Hersilia, el alma mia
No reposa, se halla inquieta;
Mas dime muger impía,
¿Te creó la fantasía
Ideal de algun poeta?

Eres ángel por ventura
Que descendiste del cielo
A aquesta mansion impura?
Hersilia, tu voz me augura
Horas de amor, de consuelo.

Gozemos, encantadora,
Gozando nos halle el día,
Que importa morir ahora,
Gozemos, esta es la hora,
Mas vino, sí, mas orgía!!!

José H. Gonzalez.

EL ECO.

Tampico, Noviembre 7 de 1846.

Nuestros corazones se llenan de júbilo, al ver que las turbulencias de la capital han sido felizmente terminadas, porque las pretensiones de los dos partidos, en que por desgracia está dividida, no encontraron eco en el general en jefe del ejército de la república, que oportunamente manifestó á la nación los sentimientos eminentemente patrióticos de que está poseído. Los amigos del general Santa-Anna, no hemos podido menos que aplaudir su honroso comportamiento, la franqueza y la lealtad con que se propone servir al pueblo, su respeto á la opinion pública y su decision por hacer la guerra á nuestros enemigos esteriotes como lo pide toda la nacion.

Hemos llegado al doloroso estremo de perderlo ó salvarlo todo, puesto que, cualquiera transacion en las presentes circuns-

tancias, nos llenaría de oprobio, nos envilecería ante todas las naciones y nos haría dignos de las maldiciones de nuestra posteridad. La guerra es siempre un mal, un azote de la humanidad, y por mas que se adelanta en la carrera de la civilizacion, por mas que la razon y la filosofía han declamado contra ella, demostrando que á la sombra de la paz prosperan las naciones, aun se ajita la solucion del bárbaro problema, de hallar el modo de matar mas hombres en el menor tiempo posible; pero esta guerra es algunas veces un mal necesario que ha servido para enseñar á las naciones, para consolidar sus gobiernos y para que se constituyan de una manera estable y duradera. La Europa, dice Filangieri, que por espacio de once siglos fué el teatro de la guerra y de la discordia: la Europa oprimida bajo las ruinas del imperio de Roma; mísera y fugitiva de las armas de Atila; ocupada y dividida alternativamente por los establecimientos de los bárbaros, por la invasion de los Normandos, por la anarquía feudal, por las guerras sagradas de las cruzadas, por los continuos debates entre el sacerdocio y el imperio, por las disputas religiosas que han alterado la moral y perpetuado la ignorancia; esclavizada finalmente por la tiranía de tantos déspotas subalternos, cubierta de fanáticos y de guerreros, y abrazada por todas partes con el fuego destructor de los partidos, ha venido á ser en el día el asiento de la tranquilidad y de la razon.

Día vendrá en que México conozca los adelantos producidos por la actual contienda con los norte-americanos, y entonces se convencerá de la exatitud de nuestro raciocinio de que absolutamente le conviene la concordia que talvez celebrará con ventajas incalculables. Prolongarla cuanto sea posible hasta reducir á nuestros enemigos á abandonar el terreno que sus plantas han hollado, debe ser el principio esclusivo del gobierno, porque ni pueden por mas numerosos que sean sus ejércitos cubrir nuestras dilatadas fronteras y el interior de la República, ni menos sostenerlos aun cuando hicieran los mayores sacrificios.

En las guerras de invasion nada significan las victorias que el conquistador obtenga. ¿De que sirvieron á Napoleon sus triunfos en la Rusia, si al fin tuvo que abandonarla con pérdidas inmensas? ¿De que serviría á Taylor penetrar hasta el interior de la república, si es imposible que sea dueño de los corazones de los mexicanos, y si por último ha de salir fugitivo como ese mismo Napoleon de la península española que marchitó los laureles de Austerlitz y Jena?

La célebre derrota de Cannas no hizo mas que aumentar el denuedo de los Romanos. Pues los reveses que hasta aquí han sufrido los mexicanos, no han hecho mas que excitar y aumentar su patriotismo. De México, de Puebla, de Guanajuato y hasta del Sur, salen voluntarios y tropas disciplinadas para concentrarse en San Luis. ¿Porqué pues los tamaulipecos cuyo Estado está invadido no han de imitar ese bello ejemplo de patriotismo? Los tampiqueños tan amantes de sus libertades, tan valientes de que dieron pruebas en 829 y 38, ¿porqué no ofrecen sus servicios que hoy mas que nunca son necesarios á la patria? Esa valiente guardia nacional á cuya cabeza está un teniente coronel del ejército, robusto y de buenas disposiciones, ¿por qué no pide salir á batir al enemigo, ya que no puede defender con su acostumbrado heroísmo esta plaza mandada abandonar? Ha llegado el tiempo de los sacrificios y de vender á caro precio nuestras vidas. ¡Union mexicanos y cooperemos todos á salvar á la patria! Nada de transacion que al fin obtendremos la victoria!

Palabra de honor comprometida.

Sabemos de una manera positiva, que D. Manuel Solórsano pidió al teniente co-


ronel de ejército, coronel de civicos y Alcalde I.º D. Ignacio Muñoz, que se espulsaba al editor de este periódico, ó el se saldria de la poblacion. ¿Quién habrá aconsejado á este fatuo tan descabellada peticion? Ni el gobernador del Estado, ni el presidente de la república y mucho menos D. Ignacio Muñoz tienen facultad para hollar las garantías otorgadas en la carta de 824 á los mexicanos: luego es claro, que el editor no será espulsado: luego no cabe duda que cumpliendo Solórsano con su palabra de honor de capitán, se saldria como ha ofrecido de la poblacion. Lo deseamos feliz viage, aunque sentimos que no haya lucido su espada con los enemigos de la patria, ya que es tan inclinado á entrar y salir del cuartel para que la centinela de la puerta le eche arma al hombro. Es muy cierto que muchos aborrecen á los militares, por que no lo son ellos. ¡Que republicanismos!

ABUSOS.

Hemos visto cobrar cuotas excesivas á los Señores que no estan alistados en la guardia nacional. ¿Quién ha hecho estas asignaciones preguntamos? ¿Han sido con sujecion al reglamento? La fuerza puesta para la guardia de prevencion y carcel ¿debe disfrutar de sueldo? ¿Se deberá llamar ésta, guardia nacional ó civicos? No son muy favorables las glosas que se hacen en el público de este cobro; y ha exasperado tanto á los Señores no alistados, que hoy piden al I. Ayuntamiento formar una compañía armados de su cuenta y dar el servicio graciosamente. Llamamos sobre dichos abusos la atencion del EXMO. SEÑOR GOBERNADOR.


AVISOS.

El que suscribe, teniendo que ausentarse de esta plaza, deja encargado de cobrar y pagar todas sus cuentas á D. Diego de la Lastra. Tampico Noviembre 6 de 1846.
Angel Palacios.

 Durante la ausencia de nuestro D. CARLOS DROEGE, queda encargado de nuestros negocios el Sr. D. ALEJANDRO OETTLING; para cuyo fin le hemos conferido los poderes necesarios.

Tampico, 28 de Octubre 1846.

DROEGE y C.ª

 MANUEL GOMEZ y CABRERA, contador de las fuerzas navales que permanecian en este rio, participa al público que al separarse dentro de algunos dias de la plaza, lo verifica dejando pagada todas sus cuentas, como empleado y como particular.—Tampico, Octubre 26 de 1846.

El que suscribe dueño del Monte-Pío calle de Altamira N.º 227 participa á los dueños de prendas que no responde por cualquier acontecimiento que tenga, si en el término de un mes, no pasan á sacar las que se encuentran en dicho establecimiento y para que no haya lugar á reclamo alguno hace el presente.

Tampico, Octubre 23 de 1846.

José Cicero.

IMPRENTA DE PERILLOS Y GROUZARD.